



**BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES**

BIBLIOTECA AFRICANA

www.cervantessvirtual.com

MAHOP MA MAHOP

Kanemboa

[Selección de poemas]

Edición impresa

Mahop Ma Mahop, *Kanemboa* (2012)

En

Mahop Ma Mahop (2012) *Kanemboa*. Madrid: Ediciones Antígona.
(pp. 22-25; 39-40; 50-51; 67; 83-84)

Edición digital

Mahop Ma Mahop, *Kanemboa* (2016). Selección de poemas.

Inmaculada Díaz Narbona (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Enero de 2016



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R) dirigido por Josefina Bueno Alonso.



Universitat d'Alacant
Universidad de Alicante



Kanemboa

Mahop Ma Mahop

Kanemboa

Del frágil presente vengo
hasta tu vasto ayer, ¡Kanemboa!
Deletreo como en sueño
la caligrafía anónima del tiempo,
el jadeo quedo de las irisadas tribus,
sedimentadas en una sola piedra
de aforística adherencia.

Kanemboa: un atropello de sensaciones
fuerzan la corteza del árbol:
seculares tejedores del mimbre,
domadores de la noche y del trueno,
invocadores de la lluvia y del relámpago,
habitantes de los mundos ocultos del mundo,
cosmonautas nocturnos que doblan
tiempo y espacio y vuelven a sus camas
de puntillas antes de que despunte el alba.

Fémures australopitecos:
polvo de ayer, carne de mañana.
Hilo de chozas de abobe y paja
que desde varios siglos tragan sol
y soledad entre el pétreo paisaje
de los Montes Mandara,
allá en el Extremo Norte.

Y en el Sur profundo, Kanemboa,
la opulencia verde y la niebla,
el calor húmedo y la lluvia eterna,
tejiendo y destejiendo sus ciclos

en la serenidad selvática y milenaria
de los pigmeos Baka.

Penetro en ciudades de musgo,
en patios de rencorosa caoba
y de meditabundo baobab
que aún guardan en su entraña
una gota de la sangre martirial
de nuestros padres fundadores.

Rudolfo y Ernesto, Martín y Rubén:
errabundos Prometeos de ébano,
príncipes insepultos
que aún hoy en día, Kanemboa,
un estremecimiento tuyo
descuartiza en el viento.

La noche me trae su séquito
de sombras que niegan a pudrirse
debajo de la tierra como
semillas infecundas.

Veo y toco un mundo
que contemplaron otros ojos
ahora apenas pasmo de cuencas
vacías debajo de la tierra.

¡Kanemboa!
Obligado afluente de pueblos
por los cuatro horizontes de África.
Mítica Tierra del Medio
erguida sobre el mapa
como un caminante
de pies de espuma, detenido
en su movimiento sobre
la cuerda floja del Ecuador.

En cada vasija de cerámica

hay una huella de metacarpo
que clama el apogeo medieval
de las civilizaciones de la alfarería.

Tu entraña, fecunda aún entrega
sus alhajas de fósiles inverosímiles,
de urnas funerarias de arcilla
donde todavía reposa
al lado de sus osamentas
un monarca anónimo.

El Paleolítico y el Neolítico
me salen al encuentro
en grabados rupestres de Bidzar,
en vasijas neolíticas de Garua
o en la estatuilla Babimbi.

¡Kanemboa!
¡Eruptivo Carro de los Dioses
entrevisto desde las costas
por el Almirante de Cartago!
Kanemboa. *Mboa*: terruño,
enigma de crustáceo
sobre la Ruta de las Indias
de Fernando Poo.

Las fieras legiones de Idriss Alaoma
y las caballerías de Usmán Dan Fodio
aún hoy, en algunas noches de bruma y viento,
cruzan el pueblo dormido y el tiempo
en una nube de polvo y arena.
Sus locos relinchos horadan la noche
esteparia de Marua Domayo
y el durmiente, sorprendido en su sueño,
se estremece y se recomienda a Dios.

Sobre las altas mesetas del Poniente,
forjando el porvenir Bamún,

el pie firme y el corazón valiente,
un príncipe Tikar desierta la corte
y cruza el Mbam en busca de Mfom-Ben:
Nshare el Conquistador, padre
de la dinastía de las máscaras de bronce,
relámpago eterno que cobija
una Serpiente de doble cabeza.

En tu piel de viejo caminante,
Kanemboea, subsiste la enciclopedia
cutánea de marcas indelebles:
la llaga purpúrea, la quemadura
del hierro y el látigo del pigmento.
La historia y sus yerros circulares
repite al infinito sus alevosías.

Cuando el crepúsculo austral
cuelga sus nubes como
harapientas telarañas sobre
las copas de los manglares,
un mundo de cuchicheantes sombras
invade el corazón de la espesura.

El telón blancuzco del alaba se alza.
En la lontananza del pueblo
se oye el toque de un tambor
que viene tanto del reino de los muertos,
como de aquí cerca que es ayer y siempre,
tiempo que va y viene y no se va nunca.

Nocturno del baobab

Para Simón

En una noche de luna llena
descubrí sin querer la casa
de todos mis muertos,
la ciudadela de siglos infinitos.

En una noche de luna secreta
en que el hondo respirar de
mi pueblo se acompasa con
el pulso materno y quedo de África,

una voz me rozó en pleno sueño
y salí al patio de sombra pletórica.

El silencio nocturno repartía
al universo en reposo su ración

de miríadas de grillos, el croar
de legiones siderales de ranas,
el ulular de los búhos metafísicos
repitiéndose, lúgubre y hechizante,

en los bosques de la lontananza.

En un rincón del patio, se alzaba,
señorial y austero, el baobab,
ancestro y padre de la noche.

Abiertas sus raíces de par en par
como la entraña de los sepulcros,
brotaba hacia la superficie
de la tierra un chorro interminable
de sombras, heraldos antiguos,

madrugadores de la medianoche
que asaltan los patios y los ríos,
mientras reverdecen los sepulcros
y se pudren los vivos en su sueño.

La lechera borobo

A una sombra radiante

Bajo el sol atroz ibas
sílfide del Diamaré,
bailando en tu andar

y riendo alegre,
Maïmuna, Farida,
o acaso Halimata.

Ibas luciendo sensual
tu bohemio bororo,
ensalzando inocente
el oro vegetal de la estepa.

Bajo la larga sequía
de aquellas comarcas
los ríos ya no eran sino
infinitos bancos de arena
que un intrépido pastor
cavaba bajo los mugidos
de sus escuálidas vacas.

Yo, sediento,
me acerqué a ti
por un bol de leche
frescamente ordeñada,
arriesgando los pocos
vocablos que sabía
de tu idioma fufuldé.

Pero una fulgurante risa
en dos te partió
ante el ridículo acento
del bantú sureño
y entreví de paso
el esmalte de tus dientes
algo irregulares.

Sin más conferencia
que tu sonrisa carnal
me entregaste tras probarlo
tu calabaza de hermandad,

y me miraste tragarlo,
hasta apurar la última gota.

Te pregunté tu nombre
Y me dijiste Aïsatu,
O tal vez Umul,
O Adidjatu.

Luego, con presteza,
arrollaste tu cojín
de paño escarlata
y con tu hijo a cuestas
te alejaste volando
hacia el horizonte,
garbosa gacela,
amazona intrépida,
en el centelleo cenital
de la estepa ardiente.

Márgenes

En cada instante que pauta la aguja,
en cada copo que amasa el invierno,
en cada fruta que madura en silencio,
hay un trozo de mundo que se derrumba,
un astro que se desprende de tu alma.

En cada ola que azota la ribera,
música o flujo de sangre en tus sienes,
en cada grito que expulsa la mañana,
un abismo de tiempo se abre alrededor
tuyo y espejea, breve espada de luz.

Bajo el pérvido rayo de la existencia,
en el ombligo de la tarde que caracola,
en el tren que sale, en el avión que al transitar

por el cielo deja tras sí un reguero de espuma,
en el trino de las aves que se alza en la aurora
hay un claro enigma, secreto oculto en el aire.

La burbuja de agua es sobre la planta, perla
o ¿quién sabe? Diminuta lágrima de plata;
y es la gota de lluvia, que insiste en tu cristal,
advertencia callada, premonición del llanto.

Oficio de paciencia

Me dijo la tarde “*Espera el alba*”.
Y esperé. Llegó la noche gimiente
cargada de lágrimas en sombra.
Llegó el viento que silba en la gotera,
llegó la paz perniciosa,
pero no nació el alba: nació mi calva.
Y pensé: “esperaré el crepúsculo”.
El crepúsculo me dio la púrpura,
me dio el campo y la campanada,
me dio el llanto callado,
el réquiem, el silbido de un tren,
y el golpe que no esperaba.

Y seguí esperando la aurora
seguí esperando algo, alguien,
o ¿quién sabe? Esperé la esperanza.
Para esperarla fui adiestrado
al duro oficio de la paciencia.
Me armé de calma y de sosiego,
aprendí la diligencia de la hormiga,
aceché la argucia de Penélope,
la perseverancia del esclavo,
la vigilia del gladiador.
Una voz de terciopelo
me susurraba dormido o despierto

con su rancio y fétido aliento
“no te retires, pronto viene el alba”.

Nadie podría decir sin riesgo
los siglos de mis eternidades,
los violentos espasmos del tiempo
en mi abrigo roto y harapiento,
la podredumbre bajo mis uñas,
el temporal que deslavazó mi tez
hasta convertirme no más
en este residuo de sombra
que bosteza en los cuatro vientos.
Y si miras por las calles me ves
día y noche sentado en un banco
en medio del sol o de la lluvia.
Espero el mañana, el ayer,
espero el mañana que ya es ayer.